

CAPÍTULO II

Estadía en la isla Tahití; relación de lo bueno y lo malo que allí nos sucedió

Como se habrá observado, han sido muchos los obstáculos que debimos atravesar para fondear nuestras anclas. Cuando logramos amarrar, bajé a tierra junto con varios oficiales con el objetivo de reconocer [un sitio donde hacer] aguada. Fuimos recibidos por un enorme tumulto de hombres y mujeres que en ningún momento dejaban de mirarnos. Los más osados llegaron a tocarnos, incluso nos abrían la vestimenta como para comprobar si nos veíamos exactamente igual a ellos. No llevaban armas ni tampoco garrotes; por el contrario, al recibirnos no sabían cómo expresar su alegría. El jefe de este cantón nos condujo a su vivienda y nos hizo pasar. Allí había cinco o seis mujeres y un venerable anciano. Las mujeres nos saludaron llevándose la mano al pecho y gritando varias veces *tayo*. El anciano era el padre de nuestro huésped. Sin embargo, lo único que tenía de viejo era ese aire respetable que imprimen los años en una bella figura. Tanto su cabeza, engalanada por cabellos encanecidos y una larga barba, como su cuerpo, robusto y vigoroso, no mostraban ninguna arruga ni revelaban signos de decrepitud. Este venerable hombre apenas reparó en nuestro arribo, es más, se retiró sin reaccionar ante nuestras caricias, sin demostrar miedo, perturbación o curiosidad. Bien lejos de compartir con todo el pueblo esa especie de éxtasis que ocasionaba nuestra presencia, su aire meditabundo y preocupado más bien insinuaba el recelo que sentía hacia una nueva raza que parecía haber llegado sólo para perturbar esos días de júbilo que para él transcurrían en el seno del reposo.

Nos dieron libertad para examinar el interior de la vivienda. Salvo por su gran tamaño, no disponía de ningún mueble ni ornamento alguno que la distinguiese de las casas comunes. Tendría unos ochenta pies de largo por veinte de ancho. Nos llamó la atención un cilindro de mimbre lleno de plumas negras de tres o cuatro pies de largo que estaba colgado del techo. También había dos figuras de madera que entendimos eran sus ídolos. Una de ellas estaba de pie contra uno de los pilares y representaba a un dios: frente a él había una diosa que lo superaba en altura, estaba inclinada y atada a lo largo de una tapia de cañas. Estas figuras, desproporcionadas y encorvadas, tenían tres pies de alto y se encontraban sobre un pedestal cilíndrico, hueco en su interior y esculpido mediante calados. Tenía

forma de torre y acaso, seis o siete pies de altura por casi un pie de diámetro.¹ Todo se componía de una madera negra sumamente resistente.

Luego, el jefe nos propuso ir a sentarnos sobre la hierba, fuera de la vivienda. Ordenó traer frutas, pescado asado y agua. Durante la comida, envió a buscar algunos cortes de estofa y dos grandes collares de mimbre, ataviados con plumas negras y dientes de tiburón. Se parecían bastante a esas enormes gorgueras que se usaban en la época de Francisco I.² Colocó una alrededor del cuello del Caballero d'Oraison, la otra alrededor del mío y luego distribuyó las estofas. Pero cuando ya estábamos listos para regresar a bordo, el Caballero de Suzannet advirtió que le faltaba una pistola que astutamente le quitaron de su bolsillo. Se lo hicimos saber al jefe, quien de inmediato comenzó a registrar a toda la gente que nos rodeaba y hasta incluso maltrató a algunos de ellos. Detuvimos su búsqueda, tratando de que sólo comprendiera que el autor del robo podría convertirse en víctima de su propia bribonada pues aquello que hurtó le podría ocasionar la muerte.

El jefe junto con todo el pueblo nos acompañaron hasta nuestros bateles. Casi al llegar, un insular de aspecto agradable que yacía bajo un árbol nos detuvo y se ofreció a compartir la hierba donde se sentaba. Aceptamos. Entonces, el hombre inclinó su cabeza hacia nosotros y, acompañado por los acordes de una flauta que otro indio soplaba con la nariz, nos cantó lentamente y con un tono suave una canción, sin duda anacreóntica:³ una escena encantadora, digna del pincel de Boucher.⁴ Cuatro insulares acudieron sin temor a cenar y a dormir en el barco. Los invitamos a escuchar la flauta, el bajo y el violín y les dedicamos unos fuegos de artificio compuestos de cohetes y buscapiés. Este espectáculo les causó una especie de sorpresa mezclada con terror.

¹ Se trata de un rasgo común entre los estatuarios polinésicos/*polinesio/: las cabezas suelen tener dimensiones excesivas, pues de ese modo subrayaban la importancia de lo que se consideraba la sede de la personalidad.

² Usadas por hombres y mujeres entre fines del s. XVI y principios del XVII, las gorgueras eran unos cuellos de lienzo plegado y alechugado hechos con linón de hilo. Las más grandes debían sostenerse con alambres.

³ El estilo anacreóntico –cuyo nombre remite al poeta griego Anacreonte (582 a.C.-485 a.C.) y de quien toma las formas estéticas o al menos lo que sus imitadores entendían como tales– está representado por poemas anónimos de carácter ligero, galante y báquico que exaltan los placeres del vino, el erotismo y la buena mesa. En el siglo XVIII, tuvo una gran repercusión en la lírica e incluso llegó a dictar el gusto en algunas óperas de Rameau.

⁴ El pintor y decorador François Boucher (1703-1770) ha sido el mayor exponente del rococó francés y ejecutor de una obra donde la mitología grecorromana se convierte en un espacio pastoril de una profunda sensualidad. Pintor de cámara del rey Luis XV, Boucher también fue profesor de dibujo de la Marquesa de Pompadour, una de las principales protectoras de los Bougainville.

El 7 por la mañana, el jefe –cuyo nombre era *Ereti*– subió a bordo.⁵ Nos trajo un puerco, gallinas y la pistola robada aquella víspera en su vivienda. Este acto de justicia nos causó una buena impresión de su persona. Entretanto, durante aquella mañana preparamos todo con el fin de llevar a tierra los enfermos y los barriles de agua y dejarlos allí en compañía de una guardia para su seguridad. Por la tarde, nos trasladamos con armas y bagajes a orillas de un pequeño afluente donde después haríamos aguada y allí comenzamos a levantar las tiendas. Ereti observó la tropa armada y los preparativos para el campamento sin demostrar, en un principio, sorpresa ni disgusto. No obstante, unas horas más tarde, se acercó a mí junto con su padre y los principales del cantón, quienes le habían hecho algunas advertencias con respecto a nosotros: me aclaró que nuestra estancia en tierra les desagradaba y que, si bien durante el día éramos dueños de volver cuantas veces quisiésemos, debíamos pasar la noche a bordo de nuestros navíos. Traté de apoyarme con el argumento de la tienda de campaña y hacerle comprender que nos resultaba necesaria para hacer aguada, juntar leña y facilitar el intercambio entre ambas naciones. Entonces llevaron a cabo un segundo consejo. Como resultado, a su regreso Ereti me preguntó si nos quedaríamos aquí para siempre o si pensábamos volver y en cuánto tiempo. Le respondí que nos daríamos a la vela en dieciocho días y como muestra de aquella cantidad, le entregué dieciocho pequeñas piedras. Frente a todo esto, se celebró una nueva conferencia para lo cual se solicitó mi presencia. Un hombre circunspecto, que parecía gravitar sobre el consejo, quería reducir a nueve los días de nuestra campaña. Insistí con la cantidad que había pedido y finalmente asintieron.

Desde aquel momento se restableció la dicha. El mismo Ereti nos ofreció un inmenso cobertizo muy cerca del río donde había algunas piraguas que ordenó retirar de inmediato. En ese cobertizo levantamos tiendas para treinta y cuatro escorbúticos, doce de la *Boudeuse* y veintidós de la *Étoile*, y algunas otras necesarias para el servicio. La guardia se componía de treinta soldados. También ordené bajar fusiles para armar a los jornaleros y los enfermos. La primera noche que permanecí en tierra, Ereti quiso pernoctar en nuestras tiendas. Ordenó que le llevaran su cena –que sumó a la nuestra–, apartó a la turba que rodeaba el campamento y no se quedó más que con cinco o seis de sus amigos. Después de

⁵ En realidad, el tahitiano se llamaba Reti y era el jefe del distrito de Hidia, la única zona donde Bougainville había podido fondear. El jefe es el vínculo que unía este mundo con el “sobremundo” y su poder se funda en una genealogía que se remonta hasta los dioses creadores y en una riqueza que gasta y que también distribuye.

cenar, solicitó algunos cohetes, los cuales le provocaron tanto miedo como placer. Al final de la noche, mandó a buscar una de sus mujeres y la obligó a dormir en la tienda de M. de Nassau: era vieja y fea.

En la jornada siguiente nos ocupamos de ultimar el campamento. El cobertizo quedó bien construido y enteramente cubierto con una especie de techumbre. Allí dejamos una abertura en la cual colocamos un palenque y un cuerpo de guardia. Ereti, sus mujeres y sus amigos eran los únicos que tenían permiso para ingresar; la muchedumbre debía permanecer fuera del cobertizo: para ahuyentarla era suficiente con que uno de los nuestros tuviese una vara en la mano. Los insulares nos llevaban allí frutos de todas partes, gallinas, puercos, pescado y cortes de tela que intercambiaban por clavos, herramientas, perlas falsas, botones y mil otras bagatelas que según ellos eran tesoros. Por lo demás, estudiaban con atención todo aquello que pudiese complacernos. En cuanto nos vieron recoger plantas antiescorbúticas y buscar conchas, las mujeres y los niños –rivalizando unos con otros– no tardaron en traernos atados de esas mismas plantas que nos habían visto reunir, así como cestillos atiborrados de conchas de todas las especies. Estas fatigas se pagaban con pocos gastos.

Ese mismo día le pedí al jefe que me indicase qué madera podía cortar. La región donde nos encontrábamos era plana y sólo estaba cubierta por árboles frutales y una especie de leño repleto de goma y de poca consistencia; la madera más sólida provenía de las montañas. Ereti me señaló los árboles que podía cortar y también me indicó por qué costado se debía empujar para lograr abatirlos. Además, los insulares nos ayudaban mucho en la faena: nuestros obreros abatían los árboles y los cortaban en leños que los naturales del país transportaban en botes. También ayudaban a hacer aguada, cargaban los barriles y los conducían en chalupas. En calidad de salario, se les daba una cantidad de clavos proporcional al trabajo que habían hecho. Lo único que nos resultó molesto fue tener que aguzar el ojo sobre todo aquello que se almacenaba en tierra e incluso en los bolsillos: no hay en Europa un solo ratero que sea tan hábil como estos lugareños.

Sin embargo, nada indica que el robo sea habitual entre ellos. En sus casas no conservan nada. Todo lo que hay está colgado o en el suelo, no hay cerramientos ni guardianes. Ciertamente, la curiosidad por las cosas nuevas avivan sus deseos más violentos; además, la canalla está en todas partes. Las dos primeras noches se cometieron

robos, a pesar de que había centinelas y patrullas a quienes, incluso, les arrojaron algunas piedras. Los ladrones se ocultaban en una ciénaga cubierta de cañas y maleza situada por detrás de nuestras tiendas. Si bien se logró erradicarlo parcialmente, le di al oficial de guardia la orden de disparar a todo ladrón que advirtiera de aquí en adelante. El mismo Ereti me dijo que lo hiciera, aunque fue muy precavido al indicarme varias veces donde estaba su vivienda y recomendarme que disparara siempre al costado opuesto. Todas las noches, también enviaba a que tres de nuestros bateles anclasen frente al campamento, armados con pedreros y trabucos.

Salvo por los robos, todo transcurría de la manera más amistosa. Diariamente, nuestra gente daba un paseo por la región, solos o en pequeñas partidas, pero sin armas. Los invitaban a entrar a las viviendas y les ofrecían de comer. Sin embargo, ese buen trato [*civilité*] de los dueños de casa no se limitaba a un ligero bocadillo: también les ofrecían jóvenes muchachas. En un instante, el bohío se desbordaba de hombres y mujeres que hacían un círculo alrededor del huésped y de aquella joven víctima del deber hospitalario. El suelo se cubría con flores y follaje entre tanto los músicos, acompañados por los acordes de la flauta, cantaban un himno del placer. Venus es aquí la diosa de la hospitalidad, su culto no admite ningún tipo de misterio y cada goce representa una fiesta para la nación. Todos se sorprendían ante la perplejidad que demostrábamos: nuestras costumbres proscriben esa notoriedad pública. No obstante, si alguno logró vencer su repugnancia y actuó conforme a los usos del país, es algo que no puedo garantizar.⁶

En varias ocasiones, he ido con mi segundo o mi tercero a dar un paseo por el interior. Me creí transportado al jardín del Edén: recorrimos una planicie de hierbas, cubierta de bellos árboles frutales y entrecortada por pequeños ríos que conservaban una deliciosa frescura sin ninguno de los inconvenientes que acarrea la humedad.⁷ Se trata de un pueblo

⁶ Philibert de Commerson ha sido uno de los principales rousseauianos que forjaron del mito de Tahití. Entre otros testimonios, es prueba de ello una carta que escribió desde Île de France y que apareció en el *Mercure de France* en noviembre de 1769: “Su posición en longitud y en latitud es un secreto de gobierno y sobre el cual debo mantener silencio, sin embargo, bien podría decirles que se trata del único rincón de la tierra donde viven hombres sin vicios, sin prejuicios, sin necesidades ni disensiones. Nacidos bajo el cielo más hermoso, alimentados por los frutos de una tierra fecunda que no cultivan, regidos por padres de familia antes que por reyes, no conocen otro dios que el Amor. A él se consagran todos los días y toda la isla conforma su templo. Allí, todas las mujeres son altares y todos los hombres sus sacrificadores...”.

⁷ A este respecto, el Caballero Walsh –uno de los oficiales británicos a bordo de la *Boudeuse* y cuyo *Journal* se distingue del imaginario francés de la época por una frialdad típicamente inglesa– escribe: “A orillas de un ancho y profundo arroyo compuesto por aguas argentinas que descienden de la montaña con un suave murmullo, varias muchachas –hermosas y llenas de gracia– yacen recostadas muellemente sobre la hierba

numeroso que goza de los tesoros que libremente le vierte la naturaleza. Encontramos hombres y mujeres en tropel, sentados bajo la sombra de los vergeles, todos nos saludaban amistosamente. Aquellos que topábamos por el camino se hacían a un lado para dejarnos pasar: veíamos que por todas partes reinaba la hospitalidad, el descanso, un placentero deleite y la felicidad en todas sus formas.⁸

Al jefe del cantón en que estábamos le obsequié un par de pavos y otro de ánades, macho y hembra en cada caso: me sentía ofreciendo el óbolo de la viuda.⁹ También le propuse elaborar un huerto a nuestro modo y sembrar diferentes simientes, proposición que fue recibida con gusto. En breve, Ereti ordenó preparar las empalizadas que rodearían el terreno que nuestros hortelanos habían elegido. Me correspondió a mí ordenar removerlo: los naturales admiran nuestras herramientas de jardinería. Alrededor de sus viviendas, también tenían una especie de huerta repleta de calabazas, batatas, ñames y otros bulbos. Por nuestra parte, en aquella tierra sembramos cereales,¹⁰ cebada, avena, arroz, maíz, cebollas y semillas hortenses de todo tipo. Creemos entender que tales plantaciones serán preservadas de una forma adecuada pues este pueblo parece inclinado hacia la agricultura. Asumo que se acostumbrará fácilmente a sacar provecho de un suelo que se perfila como el más fértil del universo.

Durante los primeros días de nuestro arribo, recibimos la visita del jefe de un cantón vecino quien subió a bordo con un presente en frutas, puercos, gallinas y estofas. Este señor –llamado Toutaa– disponía de un bello porte y una extraordinaria talla. Vino acompañado por algunos de sus parientes, casi todos hombres de seis pies de altura. Le obsequié clavos, herramientas, perlas falsas y piezas de seda. Debimos devolver la visita en su casa. Allí fuimos bien recibidos y el honorable Toutaa me ofreció una de sus mujeres más jóvenes y

fresca mientras se ocupan de colocar las flores más bellas entre sus delicados cabellos negros; otras, en cambio, juguetean con gracia por entre las ondas del arroyo”.

⁸ Durante los últimos años del siglo XVIII, la idea de naturaleza [*nature*] –palabra “talismán” según Paul Hazard– dejó de ser una noción meramente mecánica al estilo de Aristóteles y el cartesianismo para verse influida por los *Principia* de Newton y la refundición que efectúa Jean Le Clerc con la filosofía platónico-estoica inglesa del siglo XVII. La naturaleza era la fuente de las luces y una garantía para la razón, un sinónimo de sabiduría y bondad. El hombre sólo debía escucharla y obedecer los dictados de su ley. Aquí Bougainville la percibe bajo el signo de un absoluto cuya representación la encuentra en el paraíso perdido.

⁹ La frase [*le denier de la veuve*] remite a la célebre parábola del Evangelio de San Lucas (21:1-4).

¹⁰ Según el *Dictionnaire du Cultivateur* (1769), la denominación *bled* significa “cereales”, pero específica y únicamente aquellos que se destinan a la fabricación del pan.

bonitas. La asamblea ya era numerosa cuando los músicos entonaron los cantos del himeneo¹¹. Tal es la ceremonia habitual para recibir las visitas.¹²

El 10 un insular apareció asesinado y los lugareños vinieron a quejarse por este homicidio. Ordené ir a la casa a donde se había trasladado el cadáver: efectivamente, allí se supo que el hombre había sido asesinado de un disparo. Con todo, ninguno de los nuestros tenía permitido salir con armas de los navíos ni tampoco del recinto de campaña. Llevé a cabo las más estrictas indagaciones para conocer el autor de este infame asesinato, pero sin éxito. Indudablemente, los insulares creyeron que su compatriota había tenido la culpa pues siguieron viniendo a nuestro cuartel con la confianza acostumbrada. Sin embargo, se me informó que se había visto a mucha gente llevar sus efectos a la montaña y que incluso la vivienda de Ereti se había desamoblado por completo. Le hice nuevos regalos, pero el buen jefe continuó demostrando su más sincera amistad.

Mientras tanto, por mi parte seguía aligerando todo tipo de trabajos puesto que, si bien la estada resultaba óptima para nuestras exigencias, sabía que habíamos anclado mal. En efecto, aunque recorríamos los cables casi todos los días y aún no parecían estriados, descubrimos que unos enormes corales se habían diseminado por el fondo y que, por otra parte, si recibíamos un fuerte viento de alta mar, no podríamos cazar [la escota]. La fuerza de las cosas nos obligó a ocupar este surgidero sin haber podido elegirlo y muy pronto comprobamos que nuestras inquietudes tenían un sólido fundamento.

El 12 a las cinco de la mañana, cuando los vientos provenían del sur, el cable del sudeste así como el calabrote del fierro –que por precaución lo habíamos tendido al este sudeste– se cortaron en la base. Rápidamente echamos el ancla mayor, pero antes que la misma tocara fondo, la fragata fue llamada por el ancla del noroeste y caímos sobre la *Étoile*, a la que abordamos por babor. Viramos sobre nuestra ancla y la *Étoile* se alejó muy de prisa de modo que logramos separarnos antes de sufrir averías. La urca nos arrojó el extremo de un cabo que habían tesado hacia el este, sobre el cual viramos para alejarnos aún más. Pronto volvimos a suspender el ancla mayor y reembarcamos el cabo y el cable

¹¹ Presa de un imaginario simbólico donde el mundo clásico grecolatino continúa siendo una referencia ineludible, aquí Bougainville identifica este rito tahitiano con el canto o himno de Himeneo. Una de las versiones de este mito cuenta que mientras Himeneo cantaba en la boda de Ariadna y Dionisio perdió su voz, razón por la cual siempre se lo invocaba en la celebración de los casamientos. El cortejo que Bougainville arguye haber observado en Tahití coincide –acaso excesivamente– con los atributos del dios: la corona de flores y la música de la flauta son sus rasgos habituales.

que se habían cortado. El corte se había producido a 30 brazas de entalingadura; cambiamos un chicote por otro y lo entalingamos a un ancla de respeto de dos mil setecientos que mandé a buscar a la cala de la *Étoile*. El ancla del sudeste –aquella que había fondeado sin orinque debido a la gran profundidad– se perdió. Sin éxito, tratamos de salvar el anclote: la boya que lo amarraba se había hundido y resultó imposible rastrearla. A continuación, guindamos el mastelero de velacho y la verga del mesana a fin de que pudiésemos zarpar en cuanto el viento lo permitiese.

Por la tarde, el viento se calmó y saltó al este. Por el sudeste, tendimos tanto el anclote como el ancla que habíamos recibido de la *Étoile*. Envié un bote para que sondeara por el norte con el fin de averiguar si allí habría un pasaje, algo que nos hubiese permitido salir prácticamente con cualquier tipo de viento. Pero la desgracia jamás llega sola: mientras estábamos inmersos en un trabajo del que dependía nuestra salvación [*salut*], vinieron a avisarme que había tres insulares en sus viviendas muertos o heridos por disparos de bayonetas, que cundía la alarma en todo el país, que los ancianos, las mujeres y los niños habían huido hacia las montañas llevando consigo todos sus bagajes y hasta los cadáveres de los muertos y que, en definitiva, era posible que se nos viniera encima un ejército de hombres furiosos. Nuestra situación, pues, era tal que temíamos que la guerra se desatase en esa misma costa donde, simultáneamente, los dos navíos podían echarse a pique. Bajé hasta la tienda y en presencia del jefe, ordené arrestar a cuatro soldados sospechosos de ser los autores del crimen. Este proceder pareció tranquilizarlos.¹³

Pasé una parte de la noche en tierra. Allí reforcé las guardias frente al temor de que los insulares intentaran vengar a sus compatriotas. Dispusimos de un excelente puesto entre dos ríos, distantes el uno del otro por un cuarto de legua o más. El frente de la tienda estaba protegido por una ciénaga, el resto era mar, un dominio que seguramente era nuestro. Nos resultó muy fácil defender este puesto frente a todas las fuerzas congregadas de la isla. Pero, salvo por algunos alertas que ocasionaron los rateros, por suerte la noche transcurrió tranquilamente en la campaña.

¹² Toutaha era uno de los triunviros de la isla.

¹³ Al parecer, este incidente ocurrió debido a un puerco que los cuatro franceses le disputaron a los insulares. Escribe Fesche en su *Journal* a este respecto: “Nos hemos comportado como bárbaros y ellos como seres bondadosos, humanos y civilizados”.

Sin embargo, no era aquel asunto lo que más me preocupaba. El temor a perder los navíos nos generaba alarmas infinitamente más crueles. A partir de las diez de la noche, los vientos del este cobraron intensidad trayendo una marejada montañosa, lluvia, tempestades y todo tipo de imágenes funestas, lo cual sirvió para incrementar el horror de aquellas lúgubres circunstancias. Alrededor de las dos de la madrugada, recibimos un vendaval que amenazaba con lanzar los navíos contra la costa: cuando regresé al barco, afortunadamente, el temporal ya no persistía. Una vez que todo pasó, el viento comenzó a soplar desde tierra. Pero la aurora nos provocó nuevos infortunios: el cable del noroeste se cortó y el calabrote que nos había cedido la *Étoile* y que nos mantenía unidos a su anclote corrió la misma suerte poco tiempo después. A la sazón, cuando pudimos llamar a la fragata con el ancla y el calabrote del sudeste, no estaba ni siquiera a un cable de la costa, en donde el mar se abatía con furor. Tanto más inminente era el peligro, tanto más disminuían los recursos; las dos anclas cuyos cables se habían cortado estaban perdidas; sus boyas habían desaparecido, sea porque se hubieran hundido o porque los indios se las hubieran llevado durante la noche. En menos de veinticuatro horas habíamos perdido cuatro anclas, pero aún quedaban muchas otras pérdidas que padecer.

A las diez de la mañana se cortó el nuevo cable que habíamos entalingado al ancla de dos mil setecientos de la *Étoile* y que nos sostenía por el sudeste. La fragata, retenida por una sola amarra, comenzó a derivar hacia la costa. Nuestra ancla mayor, la única que nos mantenía fondeados, estaba por la amura, pero ¿de qué podría servirnos? Estábamos tan cerca de las rompientes que habríamos caído sobre ellas antes de largar suficiente cuerda como para que el ancla pudiera asegurarse en el fondo. Mientras aguardábamos que en cualquier momento sobreviniera el triste desenlace de esta aventura, una brisa del sudoeste nos dio la esperanza de poder zarpar. Izamos los foques muy de prisa; cuando el navío comenzó a tomar velocidad, bregamos por aumentar las velas con el propósito de filar el cable y el calabrote y así alejarnos, pero casi de inmediato los vientos volvieron a virar al este. En todo caso, aquel intervalo nos había permitido recibir a bordo el extremo del cabo de la segunda ancla de la *Étoile*, que acababan de arrojar bien al este y que, por el momento, nos mantenía a salvo. Viramos sobre los dos calabrotos y nos alejamos un poco de la costa. Luego, enviamos nuestra chalupa a la *Étoile* para ayudarla a amarrar firmemente; por fortuna, sus anclas estaban clavadas en un fondo de coral, más firme que

aquél en el cual estaban las nuestras. Mientras se llevaba a cabo esta operación, nuestra chalupa se dirigió a recuperar el ancla de dos mil setecientos por el orinque. Entalngamos encima otro cable y los estiramos por el noreste. Acto seguido, volvimos a levantar el anclote de la *Étoile* y se lo devolvimos. Durante aquellos dos días, el principal artífice de todo ello fue M. de La Giraudais –el comandante de la urca– quien no sólo salvó la fragata sino que me proporcionó todos sus recursos. Es un placer tributarle este reconocimiento a un oficial que ha sido mi compañero en otros viajes y cuyo celo es equiparable a su talento.

Había rayado el día y hasta ese momento ningún indio se había acercado al campamento; tampoco los vimos navegar en sus piraguas. Advertimos que las casas de las inmediaciones habían sido abandonadas y en fin, que todo el país parecía un desierto. Acompañado con sólo cuatro o cinco hombres, el Príncipe de Nassau se alejó un poco con la intención de encontrar algunos insulares y sosegarlos: a casi una legua de las tiendas, dio con Ereti y una enorme cantidad de hombres.¹⁴ En cuanto el jefe reconoció a M. de Nassau se dirigió hacia él con aire consternado. Las desconsoladas mujeres se prosternaban a sus pies y llorando, le besaban las manos, repitiendo varias veces *Tayo, maté*, es decir, “ustedes son nuestros amigos y nos matan”: consiguió traerlos de vuelta a fuerza de caricias y expresiones amistosas. Desde el barco, podía ver cómo el gentío acudía al cuartel: las gallinas, los cocos y los racimos de plátanos realzaban la marcha y prometían la paz. Rápidamente bajé con un surtido de estofas de seda y con herramientas de toda clase: las distribuí entre los jefes como testimonio de mi dolor ante el desastre ocurrido aquella víspera, al tiempo que también les aseguré que impondría un castigo. Mientras estos buenos insulares me invadían de caricias, el pueblo aplaudió la reconciliación y, poco tiempo después, hasta el vulgo y los rateros se aparecieron por nuestro cuartel, que ya más bien parecía una feria. Como nunca antes, tanto ese día como el siguiente nos proveyeron de muchos refrescos. Asimismo, nos pidieron que delante de ellos tirásemos algunos disparos

¹⁴ El príncipe Charles-Henri-Nicolas-Othon de Nassau-Siegen (1745-1808), perteneciente a la rama católica de los Siegen, se ha hecho célebre por su vida novelesca, la cual, por cierto, no sólo se reduce a esta travesía. Voluntario a los quince años y luego edecán, teniente de infantería y capitán de dragones, más tarde sus mentores lo alejan del campo de batalla y, a causa de su vida libertina, a los 21 años lo envían con Bougainville a dar la vuelta al mundo. Interesado en la marina y el comercio, a bordo escribió su propio *Journal* de viaje. A su regreso, se incorpora como coronel de infantería al servicio de Francia. En 1787, Catalina II de Rusia le confía la comandancia de su flota contra los turcos. Logró casarse con la hija divorciada de un rico vaivoda polaco, Charlotte Godzka. En 1790, luchará en el mar a bordo de las flotas suecas en las costas de Finlandia. Ha sido su esposa quien en los salones de París rodeó las desventuras del príncipe con un halo de leyenda.

con el fusil, algo que les provocó un gran miedo: todos los animales que fueron asestados cayeron fulminados por el disparo.

El bote que habíamos enviado para explorar la costa del norte regresó con una buena noticia: había encontrado un estupendo pasaje. Sin embargo, ya era tarde para adelantar algo ese mismo día, además la noche ya estaba cayendo: por fortuna, transcurrió en calma tanto en tierra como en mar. Cuando el 14 por la mañana el viento soplaba del este, le di la orden a la *Étoile* –que ya había hecho aguada e incluso abordado a todo el mundo– para que zarpara y saliera por el nuevo pasaje del norte. Por nuestra parte, no podíamos hacernos a la vela por allí sino después que la urca, puesto que estaba fondeada al norte de nosotros. A las once zarpó remolcada con una guindaleza que le habíamos enviado. Conservé su chalupa y sus dos anclotes. En cuanto se dio a la vela, también llevé a bordo el chicote del cable de su ancla del sudeste, clavada en buen fondo. Levamos el ancla mayor, tendimos los dos anclotes y, de ese modo, nos quedamos con dos anclas de la esperanza y tres pequeñas. A las dos de la tarde, con satisfacción alcanzamos a ver cómo la *Étoile* quedaba fuera del alcance de los arrecifes. Desde aquel momento, nuestra situación ya no era tan terrible: con al menos uno de nuestros navíos a salvo de cualquier peripecia, habíamos logrado asegurar el regreso a nuestra patria. Cuando M. de La Giraudais ingresó mar adentro, me envió un batel al mando de M. Lavari Leroi, el mismo que se había encargado de reconocer el pasaje.

Trabajamos todo el día y hasta una parte de la noche para terminar de hacer aguada y desarmar el hospital y el campamento. Cerca del cobertizo, soterré el acta de posesión, inscrita en una plancha de encina acompañada con una botella convenientemente sellada y lutada¹⁵ que contenía los nombres de los oficiales de ambos navíos, método que seguí utilizando para todos los descubrimientos que efectué durante el curso de este viaje. Poco después de las dos de la madrugada, estaba todo a bordo. Ya teníamos una gran cantidad de anclas en el mar; con todo, la noche aún se presentaba lo bastante tempestuosa como para inquietarnos.

¹⁵ El luten [*lut*] es el nombre que recibían varios compuestos utilizados como pegamento. Los más extendidos se obtenían mezclando pasta de almendras con engrudo de harina o arcilla cocida con aceite secante, entre otros, aunque los más rudimentarios se preparaban con clara de huevo: una suerte de remedo del lacre como el que quizá utilizara Bougainville en este caso. En general, servía para tapar las aberturas y juntas de los vasos químicos.

El 15 a las seis de la mañana, los vientos provenían de tierra y el cielo mostraba espesos nubarrones. Levamos el ancla, arriamos el cable de la *Étoile*, cortamos uno de los calabotes y luego filamos los otros dos: así zarparamos, con el mesana y las dos gavias, a fin de salir por el pasaje del este. Dejé las dos chalupas para levar anclas. En cuanto estuvimos a salvo, envié dos botes armados, a las órdenes del alférez de navío, el Caballero de Suzannet, para que controlara el trabajo de las chalupas. Pero cuando estábamos un cuarto de legua mar adentro y listos para celebrar la feliz salida de un surgidero que nos había causado enormes preocupaciones, de repente, el viento dejó de soplar y una marea acompañada de una ola montañosa que provenía del este comenzó a empujarnos a sotavento del pasaje en dirección a los arrecifes. En realidad, la peor consecuencia de los naufragios que nos habían amenazado hasta entonces hubiera sido tener que pasar nuestros días en una isla agraciada con todos los dones de la naturaleza, cambiando las delicias de nuestra patria por una vida apacible y exenta de preocupaciones. No obstante, aquí el naufragio se mostraba bajo un aspecto más cruel: al arrastrarse rápidamente hacia los arrecifes, el navío no lograría resistir ni dos minutos la violencia del mar y sólo algunos de los mejores nadadores podrían salvar su vida. Desde el primer instante de peligro, había vuelto a llamar a los botes y las chalupas para que nos remolcasen. Llegaron justo cuando nos hallábamos a menos de cincuenta toesas del arrecife: nuestra situación era desesperante pues no había donde anclar. En ese mismo instante, se levantó una brisa proveniente del oeste y nos devolvió la esperanza: en efecto, poco a poco fue refrescando y a las nueve de la mañana ya nos encontramos totalmente fuera de peligro.

De inmediato remití los bateles para que buscasen las anclas y me quedé bolineando mientras los aguardaba. Por la tarde nos reunimos con la *Étoile*. A las cinco de la tarde, nuestra chalupa regresó trayendo a bordo el ancla de esperanza y el cable que le devolvió la *Étoile*; nuestra canoa y la canoa y la chalupa de la *Étoile* regresaron poco después. Esta última nos traía el anclote y un calabrote. Como se acercaba la noche y los marineros estaban fatigados en extremo, ya no fue posible levar los otros dos anclotes ese mismo día. En principio, había pensado en pasar la noche haciendo bordes¹⁶ y mandar a buscarlos al día siguiente. Pero a la medianoche, se levantó un cascarrón proveniente del este noreste que me obligó a embarcar los bateles y aumentar las velas para sacarme la costa de encima.

¹⁶ A partir de la segunda edición Bougainville corrige y coloca “cerca del surgidero”.

De tal manera, esos nueve días de anclaje nos terminaron costando seis anclas, pérdida que no hubiésemos sufrido de haber tenido cadenas de hierro. Se trata de una precaución que los navegantes jamás deberán olvidar cuando preparen viajes de este tipo.

En cuanto los navíos estuvieron fuera de peligro, nos detuvimos un momento para recibir el adiós de los insulares. En cuanto amaneció y se percataron que nos haríamos a la vela, Ereti saltó sin más a la primera piragua que encontró en la ribera y se dirigió a bordo. Al llegar nos abrazó a todos y durante unos instantes nos estrechó entre sus brazos mientras se deshacía en lágrimas. Se lo veía muy afectado por nuestra partida. Poco después, una de sus enormes piraguas llegó a bordo cargada de refrescos de todo tipo. Sus mujeres venían dentro¹⁷ y con ellas traían aquel insular que durante nuestro primer día de desembarco subió a bordo de la *Étoile*. Ereti lo tomó de la mano y me lo presentó. Me hizo saber que este hombre, llamado Aotourou, quería venir con nosotros y me rogó que lo aceptara. Luego le presentó a todos los oficiales –a cada uno en particular– diciendo que se trataba de un amigo que confiaba a sus amigos y nos enaltecía con enormes muestras de interés. Se le entregaron a Ereti algunos presentes más de toda clase. Luego, se despidió de nosotros y fue a reunirse con sus mujeres, las cuales no dejaron de llorar mientras la piragua estuvo junto al navío. Allí dentro, también había una joven y hermosa muchacha. El insular que vendría con nosotros fue a abrazarla y le entregó tres perlas que tenía en sus orejas, la besó una vez más y a pesar del llanto de su joven esposa o amante, se apartó de sus brazos y volvió a subir al barco. Tal fue la manera en que abandonamos este pueblo bondadoso del cual quedé sumamente sorprendido, no sólo por el desconsuelo que les provocó nuestra partida sino también por la afectuosa confianza que habían demostrado a nuestro arribo.

¹⁷ Según Vivez, “Finalmente, fue necesario partir pero como, a pesar del esfuerzo del cabrestante, no se podía levar el ancla, M. de Bougainville se sirvió de una estratagema bastante singular: permitió que por ese mismo costado aparecieran tres piraguas con mujeres, les arrojó alguna que otra perla, les hizo una señal y les mostró aquella obra maestra de la naturaleza. Ellas la observaron con mucho agrado, de suerte que cuando las vieron los hombres del cabrestante, incitados por su curiosidad, se empujaron con todas sus fuerzas para colocarse delante de la porta, cosa que permitió que el ancla se levantase inmediatamente”.